

» todos tenían la intencion secreta ó manifesta
» de concurrir.»

En 6 de diciembre de 1757 escribía Voltaire á D'Alembert diciendo (1): «Bastan cinco
» ó seis filósofos que se entiendan para derri-
» bar al coloso.» En 25 de marzo de 1758
decía: «Si tuviéseis union, daríais la ley. To-
» dos los cacouacs (nombre de guerra de es-
» tos incrédulos) deberían formar una sola
» cohorte.» En 20 de junio de 1760: «¡Ah!
» pobres hermanos! los primitivos fieles se
» portaban mejor que nosotros. Paciencia, no
» nos desalentemos. Dios nos ayudará si per-
» manecemos unidos y serenos. Herault decía
» cierto dia á uno de los hermanos: «No llega-
» reis á destruir la Religion cristiana.» — «Eso es
» lo que está por ver, replicó el otro.» En 23
de junio del mismo año: «Quisiera ver apa-
» recer despues de ese diluvio de epigramas
» y sarcasmos alguna obra seria que inspirase
» interés, y en la que los filósofos quedasen
» completamente justificados y confundida la
» infamia.... (esta es la primera vez que su cor-
» respondencia con D'Alembert presenta esta
» horrible blasfemia). Quisiera que los filósofos
» pudiesen formar un solo cuerpo de iniciados,
» y que acabáseis de derribar al inf.... esto
» es lo que mas importa.» En 20 de abril
de 1761: «Formen los verdaderos filósofos
» una cofradia como los francmasones; re-
» únanse, sosténganse, sean fieles á la cofra-
» dia, y en este caso me dejaré quemar por
» ellos. Esta academia secreta valdria mas que
» la de Atenas y que todas las de Paris. Pero
» cada uno piensa solamente en sí mismo y no
» cuida del primero de sus deberes, que no es
» otro que el acabar de arruinar al inf....
» Confundid al inf.... lo mas que os sea po-
» sible.» En 28 de setiembre de 1763: «Con-
» tinuamente estoy temiendo que no tengáis
» bastante celo. Oscureceis vuestros talentos;
» os contentais con despreciar á un monstruo,

(1) Correspondencia con D'Alembert.

» á quien es preciso aborrecer y exterminar.
» ¿Qué os costaria darle el golpe de gracia por
» medio de cuatro páginas, teniendo la modes-
» tia de ocultarle la mano que le derriba?
» Tirad la piedra y esconded la mano. Dad-
» me alguna vez ese pequeño gusto; consolad
» mi vejez.»

No es solamente á D'Alembert á quien el
gefe del partido comunicaba sus órdenes, ni
era á este solo á quien deseaba infestar de
su rabia anticristiana. Con igual ardor es-
timulaba á todos los demas conjurados, y así
escribía á Thiriot en 18 de julio de 1760:
«Confieso que no se puede atacar cada ocho
» dias al inf.... con escritos bien razonados;
» pero hay el recurso de ir *per domos* sembran-
» do la buena semilla (1).» En mayo de 1761,
escribía á Damilaville: «Corred diestramente
» todas tras el inf.... Lo que me interesa es la
» propagacion de la fé, de la verdad, el pro-
» greso de la filosofia, el envilecimiento del
» inf....» En octubre de 1761 escribía á Sau-
rin: «Es menester que los hermanos reunidos
» destruyan á los picaros. Yo no me canso de
» repetir *Delenda est Carthago*.» A Damilavi-
lle decía en 4 de febrero de 1762: «Compro-
» meted á todos mis hermanos á perseguir al
» inf.... de viva voz y por escrito, sin conce-
» derle un momento de tregua.» Al conde de
Argental en 16 del mismo mes: «Haced los
» mayores esfuerzos que podais contra el inf....»
A Helvecio en 1.º de mayo de 1763: «Dios
» os pedirá cuenta de vuestros talentos; vos
» mejor que nadie podeis combatir victoriosa-
» mente al error.» A Marmontel en 21 de ma-
yo de 1764: «Exhorto á todos los hermanos
» á que combatan con fuerza y prudencia por
» la buena causa.»

¡Oh profundidad de los juicios de Dios!
¿Es posible que la criatura se alce con tan
incalicable audacia, con tal acrimonia y con
tan bárbaro furor contra la obra divina de

(1) Correspondencia general.

su Criador? ¿Es posible que al espíritu de ti-
nieblas sea dado prevalecer en el corazon de
un hombre, hasta el punto de sustituir el odio
al amor á la Religion, y reemplazar el angusto
nombre del cristianismo, que recuerda el ado-
rable nombre de Jesucristo, del Redentor del
humano linaje, por el epíteto (¡qué horror!) de
infame, recogido en las inmundas cloacas de
la impiedad? ¡Ah! Demasiado cierto es por
desgracia. Si, por desgracia ha existido un
hombre, horrenda personificación de Sata-
nás, que arreglando sus palabras y con-
ducta por las inspiraciones de este, tuvo
la osadía de tratar de infame á esa Religion
sublime en cuyo gremio el hombre volvió á
adquirir sus títulos de nobleza, borrados por el
pecado de Adán. Y no una vez sola escribió su
mano sacrilega esta palabra; la escribió mil
veces, añadiéndole cada vez una nueva impie-
dad, un nuevo sarcasmo, una obscenidad
nueva. A fin de reproducirla con mas frecuen-
cia esa horrible mano, inventó abreviar la
fórmula escribiendo *ecr. l' inf. (a)*. En otras
ocasiones la usaba como una firma, poniendo
unas veces *Ecr. l' inf.* y otras *Ecr. l' inf.* Como
intérprete del infierno, fué particularmente des-
de el año 1760 al 1766 cuando Voltaire, con
una voz que la edad hacia mas fuerte y atro-
nadora, dió este espantoso grito de guerra.
Al mismo tiempo que su palabra reñía á los
tibios ó exaltaba á los celosos, indicaba á to-
dos con su ejemplo la conducta que habian
de seguir para lograr su objeto.

En 1740 principio Voltaire su obra titula-
da *Ensayo sobre las costumbres y espíritu de
las naciones*, verdadero manifiesto contra la
Religion, que publicó en 1756, en el cual de-
prime el cristianismo, al paso que ensalza á Ma-
homa. La religion del falso profeta, á la que
disculpa de la acusacion de novedad é intole-
rancia, se ha hecho por fin indulgente, dice,

(a) Son las iniciales de la palabras francesas *ecra-
sez l' infame*, «aplástad, aniquilad al infame.» (1)

mientras que nuestra santa y dulce Religion
se ha convertido por nuestros furores en la
mas intolerante y bárbara de todas. Pinta en
seguida los anales de nuestra Religion, dándo-
les este colorido filosófico desde la cuna misma
del cristianismo, negando que los empera-
dores gentiles hubiesen perseguido á nuestra
Religion, salvo algunas contrariedades oca-
sionadas por razones de Estado; dando un
barniz de impostura á los Evangelios, á los
mártires y al establecimiento de la fé; juzgan-
do con rigor y calumniando en caso necesario
á los Papas, á los obispos y soberanos religio-
sos; callando lo bueno y exagerando lo malo;
poniéndose en oposicion con todos los monu-
mentos históricos; disputando la certeza de to-
do lo que puede redundar en beneficio de la
Religion, y desnaturalizando los mas venerables
objetos por medio de ridiculas bufonadas. Esto
era ya combatir abiertamente la revelacion;
pero en el poema titulado *Desastre de Lisboa*,
aún avanza mucho mas; pues enaltece al ateis-
mo calumniando á la Providencia y desesperan-
do á la naturaleza humana, doctrina poco á
propósito para el hombre é indigna de un fi-
lósofo, como se lo hace ver J. J. Rousseau en
una de sus cartas. El mismo objeto se propuso
en una novela titulada *Cándido*. En el *Ecle-
siastés* y en el *Cantar de los Cantares* parodi-
a indecentemente dos libros de la Biblia. La
*Relacion de la enfermedad y muerte del P.
Berthier* la destinó á ridiculizar á un hombre
cuyos talentos temía. Con el mismo objeto, es
decir, para cubrir de ridiculez á las personas
de quienes se constituia enemigo, y á fin de
justificarse él y sus adeptos, redactó una mul-
titud de folletos, como los *Cuándo*, los *Si*, los
Por, los *Qué*, los *Quiénes*, los *Cómo*, los
Porque, los *¡Ah!* contra el marqués de Pom-
pignan, de quien hablaremos luego, *el Pobre
diablo*, *el Ruso en Paris*, *la Vanidad*, *Diá-
logo entre el abate Grizet y un administrador*,
el Rescripto del emperador de la China, etc.
Y á fin de dar algún interés á estos escritos

suelto, que apenas versaban sino sobre un hecho contemporáneo, trataba de adquirir detalles y desenterrar anécdotas relativas á los adversarios de su partido. Thiriot y D'Alembert se las suministraban acerca de Gauchat, Moreau, Chaumeix, Hayer, Trublet, etc., y él las sazonaba luego con sus diatribas.

El fiscal Omer Joly de Fleury no ocultó al Parlamento de París que había un proyecto formado y una asociación organizada para sostener el materialismo, enervar la moralidad, destruir la Religión, é inspirar la independencia, cuando denunció al tribunal ocho libros, escogidos entre la multitud de los que la incredulidad y la corrupcion de aquella época engendraban á cada paso. Estos ocho libros eran, el *de el Espíritu* y la *Enciclopedia*, sobre los cuales insistió el fiscal señalando la pérvida destreza que empleaban sus autores para insinuar mas ó menos abiertamente su doctrina; el *Pirronismo; del sabio*, atribuido al protestante Beausobre, que lo publicó en Berlin por los años de 1754; la *Filosofía del Buen sentido*, del marqués de Argens, que permanecía emigrado cerca de Federico II; la *Religion natural*, pequeño poema, en que Voltaire había tratado de probar que basta la ley natural sin el auxilio de la revelacion y hacia burla del principio católico: «Fuera de la Iglesia no hay salvacion;» las *Cartas semi-filosóficas del caballero al conde de...* por Juan Bautista Pascal; los *Aguinaldos de las almas fuertes*, segunda edicion, ligeramente aumentada con los *Pensamientos filosóficos* de Diderot; y la *Carta al P. Berthier sobre el materialismo*, en la cual el abate Coyer, autor frívolo y relacionado con los enciclopedistas, ridiculizaba lo que este ilustrado y discreto jesuita había dicho en el *Diario de Trevoux* sobre el materialismo que se iba deslizándose en muchas obras. El parlamento, á fin de disipar la sospecha de una complaciente parcialidad en favor de los filósofos, en el momento en que trataba tan hostilmente al clero,

nombró comisionados para examinar estos libros, y prohibió interinamente la publicacion de la *Enciclopedia* y del libro *de el Espíritu*. Habiendo los comisionados dado su informe en 6 de febrero de 1759, el tribunal condenó al fuego esas obras, menos la *Enciclopedia*: prohibiendo su reimpression y venta, y mandando que se procediese contra sus autores ó espendedores. Sin embargo, Helvecio se libró de esta sentencia en atencion á que había ya declarado detestar los errores de que su libro estaba lleno y estar siempre pronto á hacer profesion de las verdades contrarias: declaracion cuya sinceridad fué luego desmentida por su conducta. El censor de la obra retractó por su parte la aprobacion que la había dado y renunció á sus funciones. Por lo tocante á la *Enciclopedia*, el tribunal decretó que los siete volúmenes que se habían publicado serian mas detenidamente examinados, lo cual no se efectuó, y quedó en pié la prohibicion de venderlos. La licencia concedida á esta publicacion fué recogida en 8 de marzo siguiente por un decreto del Consejo Real fundándose en que la utilidad que el público podía prometerse de una obra de este género no compensaba el daño irreparable que causaba á la Religión y á las costumbres.

Desgraciadamente las prohibiciones que se hacian acerca de la venta de los malos libros eran eludidas con facilidad. Una declaracion de 46 de abril de 1757 impuso pena de la vida á todos los autores ó espendedores de escritos contrarios á la Religión, y la severidad misma de esta ley impidió que se llevase á cabo, que era cabalmente lo que se deseaba. Así es que d'Alembert había escrito á Voltaire hablando de esta disposicion: «Con algunas modificaciones, todo irá en grande; nadie perderá la vida y se podrá decir la verdad (1).» La policía, vil cómplice de los incrédulos, en vez de servirse de los medios represivos ó pre-

(1) Carta de abril de 1757.

ventivos que tenía á su disposicion, hacia como que no veía la publicacion de las obras mas irreligiosas, concedía secretamente el permiso á otras, y hasta llegaba á favorecerlas por bajo de cuerda. ¿Podrá creerse, que para excusar tan criminal condescendencia alegaba la administracion superior el interés del comercio? Es preciso, decia, impedir que las prensas extranjeras tomen ninguna ventaja sobre la industria nacional, y vale mas que se imprima dentro de Francia lo que la Francia había de comprar al extranjero. ¿Cómo un cálculo tan fútil y necio pudo llegar á seducir á un magistrado grave y reflexivo, á un hombre de Estado, á un gobernante revestido con la confianza del monarca y encargado de velar por el mantenimiento de su autoridad? «El presidente Malesherbes, inspector de la imprenta desde 1750 á 1768, no siguió enteramente, dicen las Memorias para la Historia eclesiástica del siglo XVIII (1), los principios del canceller Aguesseau. Tuvo el fatal empeño de no ver mas que un interés mercantil en un asunto que comprometia á la Religión y á la sociedad, y Voltaire y Rousseau han creído hacerle un elogio contando los servicios que prestó á la filosofía. Uno de sus panegiristas (2) le atribuye el mérito de haber limitado el celo de los censores, y de haber indicado á los literatos el medio de eludir las leyes. Efectivamente, bajo su administracion fué cuando se publicaron mas obras irreligiosas, y sin mostrarnos severos hácia un hombre respetable por otros conceptos, podemos muy bien recordar que su indulgente facilidad respecto de tantas publicaciones, cuyo objeto era bien manifesto, trajo en pos de sí consecuencias amargas que él vió despues y sin duda deploró; pero que si hubiesen sido calculadas con algo mas de

(1) T. 2, p. 358.

(2) Delisle de Sales en el escrito intitulado: *Malesherbes*.

previsión y firmeza, no habrían llegado á realizarse.»

La secreta tolerancia que los enciclopedistas obtuvieron perjudicó acaso mas que una publicidad declarada, segun observa el autor que acabamos de citar (1), y da por motivo, que con esta especie de compromiso que eludía las leyes, no creyéndose la autoridad responsable de lo que no llevaba su sello, es decir, de lo que se publicaba sin licencia, los escritores carecian de todo freno, y sus obras adquirian además el mérito de la clandestinidad. Así es, que desde esta época la *Enciclopedia* tomó un colorido mas pronunciado, un tono mas atrevido, y una marcha mas decidida. D'Alembert, demasiado político para comprometerse ni aun por una causa con la que estaba enlazado por sus afecciones y criminales compromisos, dejó enteramente á Diderot el cuidado y la responsabilidad, ciertamente muy ilusoria, de la redaccion. Y Diderot, privado de la cooperacion de D'Alembert, cuya presencia amortiguaba indudablemente sus ímpios arrebatos, se vió por una parte precisado á admitir cuantos artículos se le presentaban para suplir la falta del principal colaborador, y por otra cuidó menos que nunca de que los artículos admitidos no llevasen aquel sello de exaltacion propia de su carácter. La *Enciclopedia*, cayendo de la altura á que había intentado elevarse, se convirtió, como él mismo lo declara, «en una sima en la que cierta especie de traperos iban arrojando sin distincion una infinidad de cosas mal vistas, mal digeridas, buenas, malas, detestables, verdaderas, falsas, inciertas, y siempre inconexas y disparatadas.» «Este edificio, decía Voltaire al conde de Argental, refiriéndose á la *Enciclopedia*, está construido la mitad de mármol y el resto de barro.... Espero, escribia á Diderot, que no consentireis

(1) *Mem. para la Hist. ecles. del siglo XVIII*, t. 2, p. 382.

que se admitan artículos por el estilo del de la MUGER, ni el FÁTuo, ni tantas declamaciones vanas, ni tantas puerilidades y lugares comunes, sin principios, sin definición, sin instrucción. ¿Consentireis, preguntaba á d'Alembert, subsistir en la *Enciclopedia* tantas exclamaciones ridículas? ¿Se ha de deshonrar un libro útil con semejantes vaciedades? ¿Se dejarán subsistir en artículos que no son más que insípidas declamaciones, y no os avergonzareis de tolerar tanto ocioso al lado de vuestro oró? Respondiendo d'Alembert á estas preguntas en 22 de febrero de 1770, decía: «La *Enciclopedia* es un traje de arlequin, en donde hay algunos retazos de telas esquisitas y muchos harapos. Hé ahí lo que pensaban de la obra los mismos que la habían concebido. Los literatos cristianos la consideraban bajo otro punto de vista, preocupándose particularmente de la tendencia moral del libro, mas ó menos independiente de los defectos de su ejecución. Así es que se oponían como un dique al torrente de los libros filosóficos, á fin de contener su violencia y prevenir sus estragos. Bajo los auspicios del clero, cuya asamblea hizo en 7 de junio de 1660 nuevas y apremiantes representaciones sobre los progresos de la irreligion y circulación de las obras peligrosas para la fé y las costumbres; bajo los auspicios del episcopado y la protección de la Santa Sede, varios escritores, rehabilitando el título de literatos con el buen uso que hacían de sus talentos, se dedicaban á refutar las monstruosas producciones de la filosofía. Chaumeix, á quien d'Alembert (1) llamaba irónicamente *una especie de padre de la Iglesia*, compuso una refutación del libro de *el Espíritu*, y publicó en 1758 las *Preocupaciones legítimas contra la Enciclopedia*, ó sea *Ensayo de refutación de este diccionario*.

(1) De la destrucción de los jesuitas. 288. q. 2. 3

rio: los sarcasmos é insultos que contra él dispararon los filósofos prueban que este autor puso el dedo en la llaga. Habiendo el abate Saas publicado siete *Cartas para servir de suplemento á los siete primeros oblitamentos de la Enciclopedia*, Moreau lo ridiculizó en sus *Memorias para la historia de los cacouacs*. El abate de Saint-Cir demostró las variaciones de doctrina y la torpeza de la moral de los filósofos en el *Catecismo de los cacouacs*, publicado en 1758. Los obispos, celosos depositarios de la fé, no quisieron tampoco estar ociosos durante este combate, y desde sus altos puestos descendieron al palenque como fuertes y animosos atletas. Mr. de Fumel, obispo de Lodeve, publicó en 21 de noviembre de 1759 contra la nueva filosofía, una Instrucción pastoral estensa y razonada, en la que condenaba diez y ocho escritos, entre otros, el *Diccionario de Bayle*, las *Cartas persianas*, el libro de *el Espíritu*, una colección de piezas sueltas de Voltaire, las *Costumbres* y la *Enciclopedia*. Mr. de Pompignan, obispo de Puy, había ya publicado las *Cuestiones sobre la incredulidad*, y en 1759 dió á luz la *Incredulidad convencida por las profecías*, en la que demostraba el cumplimiento de aquellos oráculos divinos, y respondía á las objeciones suscitadas sobre el particular. Su celo le dictó posteriormente una *Instrucción pastoral sobre la supuesta filosofía de los incrédulos modernos*, y la *Religion vindicada de la incredulidad por la incredulidad misma*. La piedad y el talento se habían conaturalizado, por decirlo así, en la familia de este prelado. Su hermano, Mr. Le Franc, marqués de Pompignan, literato y magistrado benemérito, fué recibido en esta época en la Academia francesa. El número y audacia de los libros anticristianos que inundaban la Francia le habían revelado la existencia de un partido, cuyo objeto era desarraigar de los corazones la fé. En presencia de un peligro tan inminente para la sociedad, y que las per-

sonas religiosas no podían desconocer, pensó que todo ciudadano debía ser soldado, segun dicen las *Memorias para la Historia eclesiástica del siglo XVIII* (1). Creyó que debía á la Religión mas que á ninguna corporación, sea la que fuese, y eligió para tema de su discurso de recepción en la Academia esta proposición: *El filósofo virtuoso y cristiano es el único que merece el nombre de filósofo*. Al desarrollarla, se esplicó sin consideraciones de ninguna clase acerca de la falsa filosofía, de sus secuaces, de sus declamaciones sofisticas y de sus proyectos hostiles. Este discurso, pronunciado en 40 de marzo de 1760, suscitó contra él la mas deshecha borrasca. No les supo bien que se hubiese esplicado con tanta franqueza. Era, segun ellos decían, faltar al decoro debido á la Academia y á lo que aconsejaban las circunstancias. Aquellos hombres que diariamente estaban atacando á la Religión, no podían sufrir que alguna vez se les atacase á ellos; nada respetaban por su parte, y querían ser respetados; predicaban la tolerancia, y en esta ocasion, así como en otras muchas, se mostraron poseídos de la mas ardiente intolerancia. Voltaire se encargó particularmente de la venganza. Creyéndose aludido por el discurso del magistrado, hizo llover sobre él una granizada de folletos. Cada correo que venia de Ginebra traía alguna nueva jocosidad, que se derramaba con profusion y se ensalzaba por todas partes: circulaban relaciones, cartas, chistes de todos géneros. Se hizo imprimir con notas contra el marqués de Pompignan la *Plegaria del deísta*, que se atribuía á él, á fin de ponerle en contradicción consigo mismo. Todas estas chocarrerías no eran en verdad igualmente ingeniosas; mas no por eso dejaron de producir su efecto á los ojos de la malignidad y del espíritu de partido. El marqués de Pompignan, inmolado, digámoslo así, á la bafa del público, cedió á la tempestad y se retiró á su

(1) T. 2, págs. 372-373. y

provincia. Este triunfo daba claro testimonio del poder de la secta que había obligado á callar á su adversario, y por él pudo presagiarse lo que ella podría andando el tiempo.

Pero suspendamos aquí la relacion de la lucha de la incredulidad contra la Religión, para referir las persecuciones dirigidas contra los jesuitas. La Compañía de Jesus parecia haber llegado entonces al apogeo de la prosperidad, y hallarse mas sólidamente establecida que nunca. Ella derramaba á la vez la luz de la Religión y ejercía las obras de la caridad evangélica en medio de las naciones mas civilizadas y entre las hordas salvages mas bárbaras. Las potencias católicas de Europa la debían el aumento de su comercio en ambos hemisferios y la civilización de sus colonias, lo cual era sobre todo patente respecto de Portugal, cuyo poder tan reducido en Europa, había venido así á ser el local en las Indias y en el Brasil. Los milagros y el apostolado de San Francisco Javier; los trabajos, sudores y sangre de sus compañeros y hermanos, habían valido á la corte de Lisboa esas inmensas conquistas en las estremidades del Asia, y habían fecundado para ella las vastas regiones de la América meridional. Así es que en ningún reino de la cristiandad gozaban los jesuitas de mas favor ni preponderancia en todas las clases de la sociedad que en Portugal; pero de Portugal fué tambien de donde partió la primera señal de su destrucción (1).

El pretexto de que se valió Carvalho para realizarla fué la tentativa de asesinato, verdadera ó supuesta, cometida contra la persona del rey José en la noche del 3 al 4 de setiembre de 1758 (2). Aun en la actualidad permanece este acontecimiento cubierto con un velo casi impenetrable. Sin meternos en detalles inútiles para nuestro objeto, nos bastará indicar

(1) San Victor, Cuadro de Paris, t. 4, part. 2, páginas 315-316.

(2) Pombal, Choisseul y Aranda, etc., p. 29, 34.